

AGUSTÍN PERY

Moscas

«Los malvados son como las moscas  
que recorren el cuerpo de los hombres  
y solo se detienen en sus llagas».

Jean de la Bruyere

UNA HOSTIA EN LA sien. Cuatro patadas en el estómago. Quizá cinco. Las costillas rotas. El cuello quebrado. La cabeza abierta. Los ojos morados. Los dientes desperdigados. Un guiñapo en una escombrera.

Iñaki Altolaquirre olisquea. Recorre el cuerpo. Se detiene en cada centímetro, cada rasguño, cada hematoma, cada herida abierta donde las hormigas se están dando un festín. Antes que ellas, las ratas han devorado la lengua y los globos oculares. «Un atracón de cocochas». No puede evitar sonreír con su ocurrencia. Ahí anda, descojonándose, cuando llega resoplando el bueno de Joan. Un profesional, con guantes. Andanadas de hostias y ni una jodida huella. Ni siquiera de unos zapatos. Joan Planells solo farfulla: «Se va liar parda, pero parda, muy parda, se va a...». Altolaquirre aprecia a su compañero de armas, pero no soporta sus mallorquinadas. Y repetir como un derviche en estado de éxtasis que se «va a liar parda» es una de ellas. Alto, conocedor de su perímetro torácico, lo empinada de la cuesta, su adicción al tabaco y al zumo de cebada, decide intervenir. Poner fin al sufrimiento de su compañero de Homicidios con una frase que clarifique lo que de verdad ocurrirá:

—Quita Joan. Un par de esquelas, un mes de duelo y luego ni dios se acuerda del fiambre. Bueno, quizá le den el Ramón Llull post mortem. Ah no, coño, que no era aborigen. Mala suerte chaval. Te quedas sin medalla al mejor mallorquín del año. Tranquilo. Nadie lo va a echar de menos. ¿Qué te juegas a que más de uno lo celebra? Putas y champagne. A este mamón lo han matado en cooperativa.

El inspector Joan Planells soltó un bufido. Llevaba cuatro años trabajando con Iñaki Altolaguirre y seguía sin entender el humor negro del navarro con hechuras de pelotari y boca tabernaria. No traga con las formas pero hace tiempo que se ha acoplado al fondo. Y sabe que justo ahí, en el fondo, su compañero tiene razón. El tipo que les ha traído hasta aquí es un peninsular. Mala cosa. Un periodista. Peor aún. Un plumilla envalentonado que metía el hocico en todas las putas madrigueras. Con sus gafitas, la mochilita de progre, el boli mordido.

El novato interrumpe con sus vómitos y espasmos la conversación de los veteranos. El chaval está lívido. Intenta disculparse con los vivos por su reacción ante el muerto. «Lo siento. Impresiona verlo así, con las manos atadas y esa cara...». Y lo empeora. Acaba de dar a Alto la oportunidad de darle una lección

—Chavalote ¿qué haces tú cuando se te encara un guiri borracho? ¿También te acojonan los tatuajes y el olor a birra recién meada? Mierda de crío. Tira, hostia, tira. Y vosotros. A reiros de vuestras santas madres.

PARA CUANDO Alto prepara una ráfaga de insultos vejatorios de esos que le han hecho célebre en la comisaría, nadie en el escenario del crimen le hace ya ni puto caso. Todos están mirando hacia otro lado, justo ladera arriba. La culpa es de la mujer que baja, tacón en mano, por la inclinada pendiente del vertedero. Un reguero de solícitos polis se ofrece a ayudarla a bajar. Ella declina con un gesto. A esta paja no invitará la casa. Alto observa el espectáculo a pie de cadáver. Tiene preparado su discursito especial para togados. Que la niña se lleve una buena impresión, piensa.

—Una pena señoría, una pena. Pobre familia. Dos hijos y viuda. Todavía no me acostumbro y mire que en veinte años de servicio he tenido que levantar muchos cadáveres. En fin, ¿es su primer finado, señoría?

A Alto le gustaba vacilar a las tías buenas, mucho más si encima llevaban toga. Le ponía cachondo. Tan profesionales en sus faldas de tubo, con la melena alisada y las turgentes tetas aprisionadas por una blusa blanca.

—Asesinado sí. Espero que podamos resolverlo pronto. Era periodista de investigación. De los mejores.

—Sí, sí. Un fenómeno. No se preocupe que Joan y yo trinca-remos al culpable. Ya sabe que nos tiene a su disposición. Veinticuatro horas abiertos para lo que guste.

—Buenas tardes, agentes.

—Inspectores, señoría, inspectores.

—Es verdad, qué despiste. Inspector Altolaguirre, le deseo que pase un buen día.

Marga Valiente los tenía bien puestos. Tanto como para callar a esos polis con priapismo sin renunciar a las faldas ajustadas, los vertiginosos escotes y los taconazos. Eran, bien lo sabían en Vía Alemania, una jueza cojonuda embutida en un chasis que domesticaba a maderos y derretía a chorizos. Quien hubiera matado al juntaletas había tenido mala suerte. Los compañeros de Marga preferían sestear en el Dry, babear con las camareras e irse a cazar perdices con la cúpula de la Guardia Civil. Ella no. Quería ser la mejor porque sabía que era la única forma de demostrar a todos que su premio extraordinario de fin de carrera no lo consiguió bajo la mesa de ningún profesor. Cosas de la España negra que enervaban a la hija del catedrático de Derecho Romano.

Los hubo. Unos cuantos. Lo más variopinto del escalafón universitario. Adjuntos, catedráticos, compañeros con presuntos contactos. Los más comedidos, los que lograban controlar mínimamente su pulsión inguinal, trataban de camuflar sus insinua-

ciones. Pero eran tíos, sus gestos, sus comentarios y sus patéticas invitaciones a repasar el temario les delataban. Lo peor eran los cincuentones con despacho y el título pomposo de jefes de Departamento. Quizá debería haberlos denunciado, ir con el cuento al rector pero Marga además de guapa y magnífica estudiante era pragmática. Optó por la táctica del camaleón. No podía ni quería renunciar a sus tetas, pero sí podía camuflarlas. Se tiró toda la carrera y la maldita oposición con pelo de chicoz, jerséis amplios, pantalones anchos y zapatillas de deportes. El día que leyó la tesis, ese sí, Marga Valiente pasó de patito a cisne. Se presentó vestida con una blusa azul, con dos botones abiertos y unos stiletos, regalo de su madre. Y hasta hoy, que marca el ritmo, frenético, de su juzgado sin renunciar a nada porque no tiene ni puñetera necesidad de hacerlo. Ya no. Ahí están los resultados. Las plegarias de los sospechosos por que la instructora de su calvario no sea la aragonesa.

No FALTÓ nadie. El Cristo de la Sangre sin un banco libre. Era de esos funerales a los que hay que ir. Como si el Altísimo pasara lista. El todo Palma congregado en pleno julio para enterrar al foraster. Altolaguirre se puso en modo escáner. Su mirada batía las filas de bancos, escudriñaba lágrimas, le sorprendían los bostezos, se detenía en los cuchicheos y archivaba en la cabeza los rostros sonrientes. No estaba allí por morbo. Buscaba al contratista.

Los de la funeraria habían hecho un trabajo reseñable. De cómo le encontró a cómo le lloraba su viuda había un trecho de formoles, algodones y ceras olorosas. Así daba gusto morir, pensó. Pero ahora tocaba fijarse en los vivos. Muchas caras conocidas: jueces, empresarios, locutores, plumillas, sindicalistas, manadas de políticos. A todos les habían escocido alguna vez sus informa-

ciones. A sus colegas, porque se les adelantó, o porque simplemente tuvo los güevos de publicar lo que ellos jamás se atreverían a mandar a rotativa; a los demás, porque les apuntó y tecleó su ruina. Una mosca cojonera. Algunos de los presentes estaban tan muertos socialmente como lo estaba físicamente el del férretro ante el que desfilaba una riada de presuntos dolientes. Como Estadea y la Santa Compañía.

Según un cálculo rápido a vista de poli, la mitad de las más de quinientas personas que abarrotaban el templo se habían acercado para comprobar que efectivamente el redactor de *El Día* no se iba a levantar de la tumba con la grabadora en una mano y un fajo de comprometedores documentos en la otra. Que tanta gente quisiera verlo muerto complicaba la cosa. Aquí no había líos de faldas. El capullo trabajaba catorce horas diarias por un sueldo anoréxico. No tenía tiempo ni de sacar la chorra a pasear. Le podían haber tirado en Cabo Blanco y que pareciera un suicidio, una víctima más de la crisis que había convertido ese acantilado en la Estación Termini de empresarios tan arruinados como desesperados. Aceleraban en la curva y lo siguiente era un amasijo de hierros y carne carbonizada mezclados con salitre. Algún pobre diablo se lanzaba al vacío con el cinturón puesto, para descojone general en la comisaría. A Alto le habría facilitado mucho la vida que se hubiera dejado caer con su Seat León. Pero no, en vez de eso ahora le tocaba aguantar al delegado del Gobierno, al jefe de Policía y hasta a los de Madrid, empeñados en que resolviera, «cagando pollas» fueron las palabras exactas, el asesinato de Antonio Basquida Cifuentes, periodista y tocagüevos principal de la casta local.

Quien ordenó su muerte ordenó también la forma. Con saña. Pura rabia. ¿Un aviso a navegantes? El sicario ni se molestó en ocultar el cadáver. Lo encontró un ciclista alemán al pie de la carretera de Puigpunyet. Estaba rodeado de neveras, troncos de palmeras asaeteadas por el picudo rojo y hasta una moto de agua en uno de los cientos de vertederos ilegales con los que los isleños

sortean las estratosféricas tasas de la incineradora. Y ratas. Enormes. Glotonas. Dándose un festín interrumpido por el teutón y sus colegas de tour ciclista. Sí, todo un mensaje: quien destapó tanta mierda acabó sepultada en ella. «Por fin alguien con cojones en La Roca», pensó Altolaguirre mientras el sacerdote glosaba las excelsas cualidades de un tipo al que ni siquiera conocía. Cosas de la multinacional de la fe: especialistas en bodas, bautizos y comuniones. También en funerales de tronío.

Recordó las palabras que le dedicó el jefe en Ruiz de Alda nada más llegar a la isla. «Navarro ¿no? Curtido en el norte. Ya. Pues sepa que Mallorca es Sicilia pero sin muertos. Poco trabajo va a tener aquí Altolaguirre». Jódase, comisario. Ahora ya saben apiolar a los que perturban su paz de sonrisas falsas, miradas esquivas y secretos macerados tras persianas cerradas. Sobre todo si el cotilla no es de los suyos sino un peninsular llegado a la costa en los 80, cuando Mallorca necesitaba periodistas y acabó reclutándolos en la muy católica y elitista Universidad de Navarra.

Aunque le jodiese, tantos años en la isla habían hecho de Altolaguirre casi un aborigen más. Se estaba adocenando y ahora por fin un caso a la altura de su hoja de servicios. Un poli fajado en los años de plomo de ETA que no se había acostumbrado al retiro dorado en el archipiélago. «Te podrás quitar el verdugo, una bicoca», le dijeron en Madrid. Necesitaba acción, sentir otra vez el sudor en las manos, el frío en la nuca, el corazón acelerado. El subidón de tener cerca a la parca. Como en su Baztan natal, donde los hijos de su hermana Nekane llevan piercings, pantalones ajustados, capuchas caladas y fabrican cócteles molotov a la salida de la fábrica. El orgullo del abuelo, el bálsamo que le ayudaba a olvidar el día que su primogénito le dijo que quería ser txakurra. Altolaguirre nunca volvió al caserío. Ni siquiera para enterrar a la ama. Era un cipayo, un traidor, escoria con placa. La vergüenza de don Fermín Altolaguirre Zarraluqui.

Alto había cribado sus recuerdos, borrado algunos, archivado otros. Como aquella tarde en que forró a hostias a Eneko. El día que la cuadrilla bajó a Pamplona. No recordaba la película pero sí todo lo que ocurrió al salir. Eneko, grande y fuerte como un roble, bien parecido, las mejillas hundidas, el mentón delineado, un hoyuelo en la barbilla, un aro en cada oreja y los músculos visibles debajo de una camiseta holgada de Kortatu. Todos llevaban camisetas de sus grupos preferidos, rock reivindicativo del norte. De ese que no escuchan las pijas del Opus. Pero es que ellos no se mezclan con esos. Comen los mismos pintxos pero no en los mismos bares. En los suyos, en los de los buenos euskaldunes, hay huchas de Gestoras, fotos de los gudarís presos por el Estado colonial español, serpientes enroscadas en hachas y lemas que hablan de un país libre de represores castellanos: Euskalherria libre. Por eso todos llevan pantalones ajustados, zapatillas de deporte y sudaderas con capucha. El uniforme de guerra con el que infundir miedo y ocultar el rostro ante las indiscretas cámaras de los cajeros flambeados en gasolina. Sí, las adidas para echar a correr en cuanto aparecieran los beltzas con sus uniformes todo de negro, sus escudos y sus escopetas cargadas con cartuchos de sal. Quizá luego se pasarían por Jarauta para liar una buena, que aprendieran los niñatos de la capital cómo se las gastan los del valle. Pero primero tocaba invitar a las chavalas a unos potes y dejarlas luego en el autobús. Se sentían héroes, un escuadrón de combate en su día libre. Y entonces lo vieron. Pelo corto, chupa de cuero marrón, camiseta con un mohicano impreso en la pechera, una morena del brazo y la riñonera en la cintura. Poli. Seguro. Siempre con la puta riñonera donde guardan la placa, el cargador y la pistola. Un madero paseando con la novia por el Casco Viejo. Demasiado goloso, demasiado fácil. Eneko soltó del brazo a la Edurne, se plantó en el chaflán del cine y lo soltó: «Txakurra kampa, gora Euskadi askatuta». Pero el poli no hizo lo que otros antes. Lo que recomendaba el minúsculo díptico con el que le obsequiaron en la comisaría nada más incorporarse de

voluntario a un destino que no garantiza llegar a pensionista pero sí cobrar un plus con el que adecentar el indecente sueldo. Aquel tipo no estaba dispuesto a «no responder ante cualquier provocación por parte del entorno abertzale, evitar cualquier situación que pueda poner en peligro su vida o la de los civiles que le acompañen». No aceleró el paso, no se perdió en las estrechas calles, llenas de pintadas y de meadas. Se giró. Soltó el brazo de su novia de ese día, escuchó como esta le suplicaba «Álvaro, por favor, déjalo» y se acercó al mocetón que acaba de llamarle perro. De abajo arriba, con la palma abierta. Eneko se tambaleó, se golpeó contra la taquilla ahora cerrada, entornó los ojos y notó como un hilillo de sangre brotaba de la comisura de su boca entreabierta. Pero no se cayó. Porque el madero le sujetaba de la camiseta rasgada para que no lo hiciera. «Qué, de machito con las zorritas estas». Señaló al grupo de chavales. Gorka, Ekin, Izaskun, la Edurne llorosa. E Iñaki, que le miraba hipnotizado. Le dio dos bofetadas más. No tan fuertes, pero mucho más humillantes. Sin soltarle de la pechera, como un guiñapo encogido. «Anda, llámame otra vez txakurra, échale huevos, que toda la cuadrilla está mirando, hombre». Eneko no lo hizo, porque estaba llorando. El semental que se follaba a todas las del pueblo, el gallito que jugaba a la pelota mano como Titin III, estaba gimoteando, con la cara hinchada, la mejilla violácea, y la boca que no paraba de sangrar. Entonces lo supo. Iñaki Altolaguirre sería policía. Para dar hostias como panes, porque ya no habría más Enekos en su vida, chulos de birras en el banco de la plaza. En unos años él sería el verdugo y todos esos capullos sus víctimas.

En el autobús de vuelta nadie chistó. Eneko apartó a Edurne de un manotazo, se encapuchó, dobló las rodillas entre los brazos y no abrió la boca. El lunes no fue a la ikastola, tampoco lo vieron en los billares y nunca más fanfarroneó con cruzar la muga para ver a los jefes en San Juan de Luz. Eneko aceleraba el paso, siempre con la capucha puesta y el móvil apagado. Iñaki lo veía cruzar por delante del caserío y sonreía. No sentía pena por él. Eneko era un

mierda, ahora todo el mundo sabía que se arrugó, que bastó una hostia con la mano abierta para que el tigre del Baztan se convirtiera en un gatito asustadizo, quebrado por el bofetón de un poli a la puerta del cine. Eneko tampoco apareció por la plaza a la semana siguiente. Ni a la otra. Lo intentó una vez. Pero las risotadas le frenaron en seco. «Anda, Eneko, dímelo otra vez, que está toda la cuadrilla mirando». Hasta Edurne reía, colgada ahora del brazo de Iñaki. Había nuevo macho alfa en la manada. Las cosas de chicos pronto fueron de mayores. «Qué Amaya, y tu chaval ¿ya no te ayuda en la carnicería?». «Anda raro, con las vacas todo el día, que no quiere bajar al pueblo. Yo ya lo intento pero, hija, ya sabes cómo son estos chicos, cualquiera les dice nada. ¿Está bien así? ¿No quieres llevarte unas txistorras? Ya sabes que las preparamos en casa».

A Eneko lo encontró su padre en el establo colgando de una viga, con las vacas de testigos. Todo el pueblo fue al entierro. Toda la cuadrilla llorando, abrazados unos a otros. Iñaki no. Ni una lágrima. Porque Eneko fue un mierda. Él no. El sería el de las hostias con la mano abierta.

En la Academia de la Policía Nacional en Ávila pronto supieron apreciar sus virtudes. No todos los días ingresa un eskaldun. Descartaron prepararlo para infiltrado. De Donosti a Irún, todos en Euskalherria sabían que Iñaki Altolaguirre se había convertido en un cipayo. Hasta pusieron su careto con una diana en todos los frontones del Baztan. Demasiado arriesgado. Alto valía para otras cosas. Tenía la mano suelta y ni un remilgo para forrar a hostias a un detenido. Parecía un poli de los setenta y no de los noventa. A los barbudos les temblaban las canillas cuando le veían aparecer por el cuartucho del piso franco donde los secretas aplicaban métodos más innovadores a la hora de sacarles información. «Egunon, Gorka. Zer poza duzu hemen ikusteko. Zer bisitatu? Eskertu, gizon eskerrik gara» («Buenos días, Gorka. Un placer verte por aquí. Qué, ¿de visita? Se agradece, hombre, se agradece»). Entonces empezaban los golpes en el estómago con el listín telefónico.

Ahora que todas las agendas estaban informatizadas, los policías de la unidad invisible de Alto le daban a las páginas amarillas una segunda vida, casi quitándosela a los interrogados. Alto agarraba fuerte el listín y golpeaba con toda su alma la tripa del hombre esposado tendido boca arriba en un catre. Cosas de la física y de un profundo estudio. Un cuerpo blando golpeando con fuerza otro cuerpo blando produce lesiones internas sin dejar huellas externas. Transcurridos como mucho diez minutos, Gorka pasaba de los insultos y amenazas a la lírica gimoteante de un sobrevenido colaborador policial. Alto era el único en esa sala, y el desdichado Gorka claro, que no llevaba la cara tapada. Necesitaba que el otro lo viera bien, que recordara por las noches cada centímetro de su rostro, que si se levantaba entre llantos y sudores supiera que el verdugo de sus noches en vela era Iñaki Altolaquirre, el txakurra del Baztan.

TOMEU CIFRE se caló la gorra que protegía del sol su incipiente calva, cerró los puños y apretó el paso. No tenía que haber ido. Toda la homilía con la sensación de que alguien le estaba observando. Sorteó el corrillo de empresarios que fumaba en la escalinata. «Buitres», masculló. «Tan corruptos como yo, tan cobardes, tan taimados», se indultó. «A ellos no les está amargando la vida Anticorrupción. Ya llegará. Aquí, como dijo Cristo, ni uno libre de pecado, que de piedras están las canteras llenas». El corazón le latía desbocado. «Me van a pillar, joder, me van a pillar». Pero tuvo que hacerlo. La Judicial estaba investigando a su constructora desde que el diario destapó los contratos amañados con el Consell de Mallorca. Una bacanal de sobres abultados entregados en una gasolinera de Inca. Con la obra pública parada y las promociones sin vender lo último que necesitaba era una orgía de artículos, opiniones afiladas y titu-

lares a cuatro columnas en el diario de Basquida. Intentó parar el golpe, como siempre, incrementando la inversión publicitaria, reuniéndose con el director del rotativo, amenazando con abogados. Incluso tentando a Basquida. «Ni se le ocurra, Cifre, que hoy sale por la puerta pero mañana por la ventana. Lárguese, no me joda». El sueldo de cinco años y el mamón se puso digno. Algo había cambiado en Mallorca. Cuando los frigoríficos estaban repletos a nadie le importaba que un constructor untara a los funcionarios o inundara de Vuitones el despacho de la presidenta insular a cambio de convertirse en el ayatolá de la inversión pública. Pero ya no. Ahora que la gente se come hasta los yogures caducados la cosa es diferente. Es un apestado y Mallorca es demasiado pequeña como para que te señalen. Todo el mundo se conoce lo suficiente como para que de repente ya nadie quiera conocer a nadie.

—¡Uep! Tomeu. ¿Cómo te va?

—Pues igual que a ti, ¿no, Biel?

Ambos sonrieron. Se odiaban como solo se odia en Mallorca. Compartiendo confidencias, despellejando al tercero ausente, coincidiendo en cenas, asistiendo a los mismos actos y, siempre, saludándose tan efusivamente como ahora que coinciden a la salida del sepelio del mayor de sus forúnculos.

—Yo aún me defiendo. Estoy mirando cosas fuera. Hay que reinventarse.

—Yo también, yo también, Biel. Ya veo que eres un pionero. Me han dicho que vas mucho a Brasil.

—Bah, poca cosa, picoteo nada más. Estoy diversificando.

—Bueno, Biel, me alegra saber que te va bien. Me tengo que ir. Le he prometido a Natalia que cenaría en casa.

—Esa sí que fue una buena inversión cabronazo. Pedazo de mujer, siempre lo comentamos. ¿Qué tal está?

—Tan buena como siempre.

—Seguro, no tengo duda de que en eso no me mientes.

—Ni yo que tú tampoco con lo de Brasil.

Rieron. Esta vez como hienas. No se dieron la mano. Bastó con sacudir la cabeza y arquear las cejas. Un adiós a la mallorquina.

Cifre conoció a Natalia en los buenos tiempos, cuando el dinero entraba a chorro y Lehman Brothers era epítome de solvencia y billetera saneada. Él, un madurito interesante, cuerpo cincelado en el gimnasio, moreno de barco y cuentas en todos los bancos de la isla. Ella, un pibón de ojos verdes, curvas perfectas, larga melena morena y la estudiada inocencia de quien a sus veintipocos ya tiene más kilómetros que el Quijote. Para Natalia prosperar pasó por salir del pueblo de la sierra de Mágina para encaramarse con un tanga a una tarima de discoteca mientras centenares de lobos aullaban a su alrededor. Demasiada hembra para jauría tan escuálida. Para Natalia tocar la cima era eso: ser la jefa de azafatas en el crucero caribeño con el que el grupo editorial donde trabajaba Bastida agasajaba a sus mejores anunciantes. Era la pieza más deseada. Quien se la tirara tendría el aplauso del resto de cuarentones que la cortejaban con su catálogo de chistes picantes, ademanes de nuevo rico y confidencias de matrimonios fracasados. Ella sonreía a todos y a ninguno. Sabía lo que se hacía. Modulaba la tensión sexual como nadie y si alguno cayó enfermo de algo en el crucero fue de dolor escrotal.

Cifre, en cambio, se esperó hasta el final. Dejó que el resto acabaran por agotarla como una reala de podencos salidos detrás de la cervatilla. Cuando el buque enfilaba el puerto de Palma, se acercó por fin a su presa.

—Natalia, ha sido un placer conocerte. Has hecho este viaje todavía más agradable.

—Gracias Tomeu. Caramba, pensaba que te lo estabas pasando mal.

—No, ¿por?

—No sé, es que apenas hemos hablado.

—Había cola y no soy de los de coger número. Si quieres ya quedaremos en tierra firme. Te dejo mi tarjeta, cuando te apetezca salir a cenar me llamas.

Ella picó el anzuelo. Por fin un millonario que no se las daba de Tarzán. Le llamó a la semana y a los diez días le estaba dominando, jadeante, en la cama. En tres meses se casaron con todos los pasajeros de aquel crucero como envidiosos testigos de que Cifre se había cobrado la medalla de oro de tan singular montería. Estaba en la cumbre, era el macho dominante.

ABRIÓ LA puerta de casa. Tiró la americana de lino sobre la silla. Respiró hondo y recorrió meditabundo el inmenso salón. Nadie parecía haberse percatado de su llegada. «Normal», pensó. Un ático dúplex de cuatrocientos metros cuadrados es lo menos parecido a un hogar. Siguió la luz encendida al final del eterno pasillo. No bajó a ver a los mellizos. Últimamente le daba pereza. Como si su debacle económica le impidiera mirarles a la cara. El macho alfa no podía mantener a sus crías. La cosa pintaba mal. Bulgaria resultó ser un fiasco. Es lo que tiene ir de la mano de los políticos. Son insaciables. Exigen tanto que apenas dejan márgenes. Cifre no era malo, lo habían hecho malo. Siempre pidiendo más, siempre el puto dinero, una licencia atascada, un concurso con peaje, hay que pasar por taquilla porque todos lo hacen. Odiaba cenar con ellos. Ver como lucían el último Hublot cortesía de Construcciones y Promociones Cifre mientras sus mujeres, pintarrajeadas como monas de burdel de carretera, sacudían el Loewe que Natalia se había encargado de elegir para ellas en la tienda de Jaime III las navidades pasadas. Ver como miraban a su joven esposa con displicencia y aires de suficiencia le producía arcadas. Si no fuera tan caro, y tan arriesgado, encargaría más cajas de pino para esa caterva de prohombres de moral laxa y cultura escasa.

—Cariño. No te he oído llegar. Mira, me pillas en la bici, poniéndome tremenda para ti. Oye, estás pálido. ¿Te encuentras bien? ¿Le digo a Irina que te prepare algo fresquito?

—No, deja. Gracias. Vengo del funeral del..

—Ya. Del juntaletras. Habrás comprobado que estaba bien muerto, ¿no?

—¡Qué bruta eres Natalia, joder!

—Que le den. No esperes que sienta pena por ese pingajo. A quien le mató le daría hasta el último de mis zapatos.

—No hará falta. Basquida no estaría muerto si yo no hubiera encargado su asesinato. He pagado poco para todo el daño que nos ha hecho.

Se sintió liberado. Ni una lágrima. Sin remordimientos. Sin temblores. No si Natalia aprobaba la ejecución. Creyó ver en su mujer un atisbo de ternura. Se equivocó. Natalia le aferró la mano con fuerza. Apoyó la cara en su hombro. Le besó en el cuello. Siguió haciéndolo mientras deslizaba su mano por la entrepierna. Tomeu se quedó inmóvil. Se dejó hacer. Natalia se arrodilló frente a su bragueta. Le bajó los pantalones y empezó a mamársela. Al minuto, ella gemía de placer con la cara pegada a la pared mientras él la penetraba con fuerza, como un animal, sometiéndola por primera vez en muchos años. Se corrió en su espalda mientras Natalia seguía retorciéndose, puro espasmo. Esta vez seguro que no fingía. Después de tantos años creyendo no estar a su altura, Cifre era de nuevo el rey de la selva. No pudo evitar acordarse de Basquida. Este polvazo se lo debía a él.

A la mañana siguiente tres golpecitos en la puerta le interrumpieron en plenos prolegómenos de un nuevo asalto al fortín rendido de su tigresa. Apartó la cara de los muslos de Natalia. Maldijo a la asistente. Si no fuera por su mano con los niños la pondría hoy mismo en la puta calle. Natalia cruzó el vestidor que separa el dormitorio del pasillo. Entreabrió la puerta y lanzó una mirada llena de ira a la sirvienta.

—Dime Irina.

—Señora, perdone que la moleste pero preguntan por el señor. Es un policía.

Cifre notó un tirón en la espalda. Se quedó rígido. Paralizado por el pánico. Natalia cerró la puerta de la habitación y se giró hacia su marido, inmóvil en la cama. El león de ayer era ahora, otra vez, un minino acojonado y gimoteante. Clavó su mirada helada en Cifre.

—Tomeu, ahora quiero que te levantes, te vistas y vayas a ver a ese policía. Pero si vas a mearte en los pantalones como una nena mejor huye por la ventana en pelotas. Será menos ridículo que verte plantado delante de él con cara de gilipollas. Haz lo que te digo. Tranquilo y mirándole a los ojos. No sabe nada, no tiene nada. Toca de oído. ¿Me has entendido? ¿Que si me has entendido?

—Sí, Natalia. Ya voy.

—Y deja el cigarro por Dios. Si tuviste cojones para matarlo, tenlos ahora para negarlo.

Cinco minutos después, Cifre abrió la puerta del dormitorio. Miró el largo pasillo que le separaba del cadalso. Respiró hondo y se giró para buscar de nuevo el auxilio de Natalia. Nada. El camión sobre la cama deshecha y la ducha corriendo mientras en el ipad del baño sonaba, como siempre, «Rolling in the deep».

—Buenos días, disculpe la espera, soy Tomeu Cifre.

—Lo sé. Inspector Iñaki Altolaguirre, de Homicidios. Perdona las horas, pero a quien madruga... Muy bueno el café. Nespresso, ¿verdad?

—¿Cómo dice?

—Es Nespresso. Se nota. Siempre se lo decía a mi exmujer. Que lo barato sale caro, pero ella empeñada en comprar sucedáneos en el súper. Marcas blancas, ¿sabe? Creo que lo hacía para darme por culo...

—Supongo que no habrá venido para hacer una cata de café.

Altolaquirre sonrió. Ya lo tenía donde quería. El aire acondicionado a todo trapo y las primeras gotas de sudor surcaban la frente de Cifre. Indicios.

—Tiene razón. Vamos al turrón. ¿De qué conocía a Antonio Basquida Cifuentes?

—¿El periodista? De nada.

—No hombre, así no señor Cifre, así no. ¿Nunca estuvo reunido con él?

—Estooo, ok, sí. Como con casi todos los periodistas de investigación de Mallorca. Últimamente no paran de atosigarme.

—Bueno, Basquida ya ha dejado de tocarle los cojones.

—¿Qué pretende decir con eso?

—Por ahora nada. Conjeturas nada más.

Cifre intentó sostenerle la mirada. Cruzó los brazos para que Altolaquirre no notara el temblor de sus manos. Otra vez la frente. Una gota de sudor resbaló sobre su ojo derecho. Luego otra. Y otra. Tenía que lograr que el policía se fuera cuanto antes.

—Mire. Altolaquirre me ha dicho, ¿no?

—Inspector Iñaki Altolaquirre, sí.

—Pues escuche inspector, si quiere oírme decir que lo siento va dado. Era una rata, un capullo que iba de cruzado. El pope de la ética. Me importa un carajo que esté muerto. Es más, se me ocurren unos cuantos más para hacerle compañía y no por eso los voy matando.

—No, usted no. A Basquida se lo cargó un profesional.

—Pues tampoco voy encargando este tipo de trabajos.

—Ya supongo.

—Oiga, se cuele en mi casa, se sienta en mi salón y me hace insinuaciones que no tienen ni pajolera gracia. Si tiene algo de lo que acusarme, hágalo ya y si no, ya se está largando

Sí. Justo donde quería. Alto llevaba demasiados interrogatorios de etarras encima como para que ahora le fuera acojonar un empresario de verbo florido y piernas temblorosas. Por eso, por-

que ahora está crecídito, ha llegado el momento de bajar el suflé de su autoestima.

—Por cierto, ¿sabía que Basquida llevaba un diario? Me lo han enseñado sus colegas de redacción. Todo anotado con letra de colegio de pago. Se han cabreado mucho cuando lo he requisado. Son insaciables. Querían hacer un serial, ya sabe, en plan homenaje tremendista. Hasta decían que seguro que interesaría a alguno de los periódicos de Madrid. Le haré llegar una copia a su oficina. Igual así cambia de opinión y me invita a otro café. Ah, por cierto, ¿sabe que proferir amenazas por teléfono es un delito? También está grabado. Que pase un feliz día.

Cifre no tuvo tiempo de derrumbarse. Natalia estaba apoyada en una de las columnas que flanquean el salón. El pelo aún mojado, los pies descalzos, la mirada fija, fría. Ni un tablón al que aferrarse en medio del naufragio.

—Va de farol. No tiene nada. No sabe nada. No le dirás nada. ¿A quién se lo encargaste?

—Sergei. Un búlgaro.

Ahora la poli parecía ella. Seca, directa, sin piedad. Implacable. Una loba protegiendo a su camada que seguía durmiendo en la planta de abajo.

—Quiero que vayas a verlo.

—¿Estás loca o qué?

—Nunca lo he tenido tan claro. Ven al dormitorio y lo hablamos. Los niños se levantarán pronto y no quiero que te vean así. Das pena.

Altolaguirre bajó los diez pisos andando. Parte de su plan casero para mantenerse en forma y domesticar su incipiente barriga. No había puesto un pie en el Paseo Marítimo y sonó el teléfono.

—Es usted increíble, cómo se le ha podido ocurrir...

—Buenos días jefe, ¿qué se le ofrece?

—... Se cuele en la casa de un constructor conocido y le acusa de encargar un asesinato. Me ha llamado hecho una hidra. Quiere que le pidamos disculpas. Es amigo, hombre, de toda la vida.

—Ya. ¿Entonces lo paro todo porque es amigo suyo?

—Alto, vaciles ni uno. Perfil bajo. Hágame caso. No quiero otro escándalo y menos con un empresario conocido. No se me embale que si se equivoca no le podré salvar el culo.

—No se lo he pedido.

—Alto...

El inspector colgó el móvil. Se encendió un pitillo. Tres bocanadas después tenía claro su plan. Discreto, a gusto del lameculos de su jefe. Seguiría a Cifre allá donde fuera. De pinchar el teléfono nada de nada. Circunstanciales, meras conjeturas. Eso diría la jueza. Daba igual. El olfato no le había fallado jamás. No cuando buscaba contrabandistas en la muga con Francia, tampoco a la hora de trincar etarras. Si olía, mordía. Siempre. En Mallorca también. Jodidos isleños, pensó, son como los Borbones, solo follan entre ellos. Y el comisario, como siempre, dispuesto a darle por culo. No se iba a dejar. Tenía un fiambre y ninguna gana de cargar con él. Ni de coña. Cruzó por delante de la discoteca enseña de Palma. Una mole enorme de decoración caótica y hortera con, eso sí, hermosas vistas a la bahía. La Sodoma y Gomorra de los cachorros de la élite palmesana que solo allí se juntaban con los quillos del extrarradio. Ahí, entre excesos de alcohol y drogas, los pobres soñaban con follarse a las ricas mientras el dueño del imperio hacía caja. A Alto le caía bien. Aunque solo fuera porque Carles Bauzá intentaba sin éxito disimular su inabarcable perímetro abdominal con las camisas hawaianas más espantosas perpetradas jamás por algún diseñador daltónico puesto hasta las cejas de éxtasis. Sí, le caía bien. Porque un día le dijo que le quería conocer. Se citaron en uno de sus restaurantes presuntamente argentino con parrilleros filipinos y carne chutada con clenbuterol. El pelo teñido de cobre, la ridícula coleta de calvo que se niega a reconocerlo, las toneladas